

PERCEPCIÓN Y EXPRESIÓN DE LA
TEMPORALIDAD EN LA EDAD MEDIA

Montserrat Parra i Albà
Universitat de Lleida

NUESTRO TRABAJO se sitúa dentro de los ámbitos de la lingüística medieval: hemos centrado nuestro interés en la percepción y la expresión de la temporalidad en la Edad Media, concretamente en la obra de Jean Froissart y el uso que éste hace de las proposiciones subordinadas de tiempo en sus *Chroniques*.

Nuestro interés por el tiempo surge a partir de una serie de interrogantes: ¿Cómo lo interpreta el hombre medieval? ¿Tiene para él el valor que tiene en nuestra sociedad? ¿Su vida giraba como la nuestra entorno al tiempo o se limitaba a dejarlo pasar? ¿Solía reflexionar sobre el mismo? ¿Cuáles son los mecanismos gramaticales y los diferentes resortes lingüísticos a los que recurre para la expresión del paso del tiempo?

San Agustín dice en sus *Confesiones*: «Estoy en el tiempo y hablo del tiempo pero no sé que es el tiempo». Definir el tiempo no es fácil; ya no lo era en la Edad Media y sigue siendo en la actualidad uno de los misterios de la condición humana. No obstante, desde niños tenemos acceso a la experiencia y a la noción del mismo. Piaget en *Le développement de la notion de temps chez l'enfant* señala que si bien es cierto que la experiencia del tiempo es bastante precoz, la adquisición de sus estructuras intelectuales es el fruto de un proceso más lento. La noción de tiempo surge en el niño a partir de la experiencia del movimiento. Ésta nace a partir del momento en el que posiciones espaciales diferentes o idénticas aparecen como posiciones sucesivas o simultáneas. Esta adquisición es simultánea a la adquisición y comprensión del lenguaje.

Podemos, pues, establecer un paralelismo entre el tiempo y el lugar. En un primer momento las nociones de antes, después y ahora están ligadas a las de delante, detrás o aquí. Siempre según Piaget, si dos personas salen del mismo sitio,

andan a diferente velocidad y se paran, naturalmente, en lugares diferentes, un niño de cuatro o cinco años tendría serias dificultades para reconocer que se han parado a la vez. Más adelante el niño es capaz de reconocer que los dos seres en movimiento se han parado a la vez aunque en lugares diferentes. Y finalmente, en un tercer momento el niño es capaz de discernir que los dos seres se han parado a la vez, que la duración de su trayecto ha sido la misma aunque el espacio que ambos han recorrido no es el mismo.

Esta asociación del tiempo y del lugar forma parte de nuestro aprendizaje y desde el punto de vista del lenguaje este paralelismo entre ambos elementos también existe. Para designar el espacio o el lugar el lenguaje pone a nuestra disposición un sinfín de adverbios (aquí, allí, allá, delante, detrás...), las lenguas poseen también un número inacabable de nombres de lugar (existe incluso una disciplina que se dedica únicamente a su estudio, la toponimia); a todo ello podemos añadir los números, que, aplicados a las medidas de superficie nos permiten situar cualquier lugar de un modo preciso. El paralelismo con el tiempo no es difícil de hacer, a los adverbios de lugar se corresponden los adverbios de tiempo, las fechas serían los nombres de lugar y las cifras de la cronometría a las de la geometría.

No obstante, este paralelismo no puede establecerse cuando llegamos al sistema de los tiempos verbales, puesto que ninguna lengua dispone de un sistema local análogo al sistema temporal.

¿Podemos utilizar los tiempos verbales para explicar el tiempo y el tiempo para explicar los tiempos verbales?

En primer lugar hay que señalar que esta noción es en francés polisémica y tiene diferentes acepciones, tal y como sucede en español. En español como en francés utilizamos el mismo término para expresar el tiempo y los tiempos verbales, cosa que no sucede, por ejemplo, en alemán, que utiliza la palabra *Tempus* cuando habla de los tiempos verbales y *Zeit* cuando lo hace del tiempo.

Brunot y Bruneau en su *Précis de grammaire historique de la langue française* afirman que «Los tiempos expresan el Tiempo propiamente dicho: los tiempos del francés ordenan la acción indicada por el verbo en el pasado, el presente o el futuro».

Esta división del tiempo en tres fases diferentes (presente, pasado y futuro) nos viene desde Homero y ha sido asumida por la mayor parte de los lingüistas antiguos y modernos. Sin embargo esta triple división impuesta por la gramática latina y que las lenguas occidentales han asumido de manera natural, es incompatible con la división que hacen la mayoría de las lenguas africanas; las lenguas bambara o chambala, ambas africanas, sugieren una clasificación en presente y no presente, de modo que en la categoría de no presente están incluidos el pasado y el futuro más o menos indistintos. En bambara incluso la diferencia entre pasado y futuro viene marcada por el tono de voz, puesto que las formas verbales son las mismas.

También algunos lingüistas modernos han querido romper con esta división clásica. Paul Imbs en *L'emploi des temps verbaux en français moderne* establece la oposición entre temporal y omnitemporal, es decir entre tiempo divisible y tiempo indivisible:

Le temps indivis est celui qui transcende la distinction du passé, du présent et du futur, qui elle, constitue l'essence du temps divisé.

La forme privilégiée du temps indivis est le présent, qu'à cause de cela on a souvent qualifié de temps non marqué. .../... Les autres temps passé et futur, qui servent à suggérer l'omnitemporel cachent encore moins leur jeu que le présent (Imbs 1968: 173).

Del mismo modo el alemán Hans Weber intenta aprovechar esta distinción pero para él la peculiaridad del sistema de los tiempos en alemán consiste en que éstos se basan en la diferenciación entre pasado y no-pasado. Se trata de trabajos serios, a pesar de ser poco numerosos, cuya finalidad es la poner de manifiesto que las tres fases del tiempo no se ajustan totalmente a la realidad lingüística.

Las lenguas occidentales utilizan también a la hora de clasificar los tiempos, el concepto de aspecto. Concepto que Harald Weinrich sitúa en la época clásica:

La doctrina del aspecto remonta, como es sabido, a la filosofía del lenguaje de los estoicos, los cuales llegaron a esta diferenciación inspirados por las lenguas semitas conocidas en el mundo helenístico y establecieron la primera doctrina sistemática de los tiempos. Varrón traspassa al latín la pareja de conceptos con los nombres de perfectum e imperfectum (Weber 1974: 20).

Esta diferenciación no tuvo demasiado éxito en la época clásica, y el concepto de aspecto se impone sobre todo durante la época moderna, tal vez para subsanar las imperfecciones de una doctrina de los tiempos adscrita únicamente al concepto de tiempo. Y en la actualidad la fórmula que utilizamos es la de Tiempo + aspecto = tiempos.

Si nos planteamos la pregunta al revés, ¿hay que explicar el tiempo por los tiempos?, la reflexión nos lleva por otros caminos y lo primero que constatamos es que los filósofos, poetas o científicos, cuando reflexionan sobre el Tiempo, nunca lo hacen a partir de los tiempos verbales. Es decir que frente al interés que muestra la lingüística por este problema, interés que comparte con otras muchas ciencias, éstas muestran un desinterés absoluto por los tiempos del verbo.

Nos gustaría volver a una de las preguntas que nos hacíamos al principio, es decir, ¿cómo accede el hombre medieval a la noción del tiempo? ¿Era para ellos tan importante como para nosotros?

Desde los orígenes de la historia, la más pequeña comunidad ha estructurado su tiempo en torno a un calendario a partir del cual define sus actividades culturales, religiosas y económicas. En la Edad Media, que es la época que nos ocupa, el tiempo no se vivía de igual manera por las diferentes clases sociales. Gurvitch en *La multiplicité des temps sociaux* incide en ello y señala que la vida individual se organiza de manera diferente según se sea un trabajador manual, un intelectual, un caballero, un agricultor o un comerciante, y que incluso cada grupo social podía definirse por un modo específico en el momento de organizar, de vivir y de contabilizar su tiempo. La existencia de calendarios diferentes está presente en la literatura medieval:

La littérature paraît attentive à cette diversité et semble présenter différents temps sociaux, différents «calendriers», véritables traces de la réalité vécue par les hommes et les femmes du moyen âge. Tout en utilisant les acquis de la science historique, on peut ainsi dégager des textes littéraires les marques spécifiques du temps des paysans, de celui des nobles et des chevaliers, les traces du temps des citadins et en dernier lieu celles du temps des clercs dont on percevra la nette prééminence culturelle (Philippe Walter 1989: 10).

Philippe Walter nos ofrece un minucioso trabajo sobre las alusiones a estos diferentes calendarios medievales en diversos «romans courtois» y constata que si bien al principio las alusiones a las clases sociales inferiores eran mínimas y la mayor parte de las veces seguían imágenes estereotipadas, luego estas alusiones serán cada vez más precisas. Y como constata el mismo Walter en *La mémoire du temps*:

La notion du pittoresque n'est guère présente à l'esprit des romanciers médiévaux. Néanmoins, le début du *Conte du Graal* de Chrétien de Troyes place le lecteur dans le temps des activités rurales: un jeune sauvageon décide d'aller voir les paysans qui travaillent sur les terres de sa mère: image inhabituelle pour un roman courtois que celle des hommes de la glèbe derrière leur herse ou leur charue (Philippe Walter 1989: 11).

El hombre medieval no puede separar su existencia de la divina y todo cuanto le rodea está influenciado por esta presencia de Dios. Durante este período el tiempo no era más que un momento dentro de la eternidad, le pertenecía a Dios; medirlo, dominarlo, sacarle algún partido no estaba bien visto. Filósofos, sabios y teólogos fueron los encargados de reflexionar sobre el tiempo y su existencia, sobre la eternidad. Lo cierto es que al hombre del campo poco debía importarle si el tiempo era lineal y continuo o era circular. Dentro de la iconografía medieval la imagen de la Rueda de la Fortuna suele ser constante, aparece bajo formas diferentes y con inscripciones bastante parecidas, por ejemplo, en una miniatura italiana del siglo XIV puede leerse: «Sum sine regno, regnabo, regno, regnavi» (Estoy sin reino, reinaré, reino, he reinado).

El mito descorazonador de la Rueda de la Fortuna no les impide negarse, girar en redondo e intentar darle al tiempo un sentido, un sentido no giratorio. Puesto que la Historia, por ejemplo, tiene un principio y un final. Para los cronistas y los escribas medievales el tiempo es historia, y la historia tiene un sentido, sigue una línea, aunque a veces la línea sea descendente.

Tiempo lineal que para Denys le Petit, siglo VI^o, está fundamentado en la cronología cristiana y progresa negativa y positivamente en torno al nacimiento de Cristo. Existe un antes y un después de Jesucristo, terminología que no sólo hemos heredado sino que utilizamos todavía hoy. El destino de los hombres no es el mismo para los que vivieron a un lado o a otro de este acontecimiento central.

A pesar de la influencia del cristianismo y simplificando mucho, podemos dividir la historia en dos: la historia sagrada y la historia profana, cada una de ellas dominada por un tema: en la historia sagrada se trata del Antiguo y el Nuevo

Testamento, mientras que la historia profana está dominada por el tema del poder.

Los primeros cronistas no consideraban la cronología de los acontecimientos como algo excesivamente importante, de hecho eran muy poco precisos en el momento de reflejar este tiempo en sus textos con expresiones del tipo: *en aquel tiempo, un poco después, durante aquellos días*. Sin embargo esta imprecisión temporal da paso a partir del siglo XII a una precisión cronológica: se mencionan algunas horas del día, días de la semana o fiestas patronales. Los cronistas de la alta edad media necesitan ser cada vez más precisos; el tiempo, la progresión cronológica de los acontecimientos se convierte en uno de los elementos más importantes del texto. No en vano el protagonista de la crónica es el tiempo, el desarrollo lineal de los acontecimientos, frente a la evolución psicológica de los héroes. El tiempo del calendario irrumpe, pues, en el texto.

La Edad Media no utiliza para fechar los acontecimientos los mismos mecanismos que utilizamos nosotros; no por eso debemos considerar que la cronología era insignificante para ellos.

La cronología medieval propiamente dicha, los medios que utilizaban para medir el tiempo, conocer una fecha o la hora, todos estos útiles cronológicos eran muy rudimentarios. Los instrumentos para medir el tiempo estaban sometidos a los caprichos de la naturaleza; el reloj solar, por ejemplo, cuyas indicaciones existen únicamente con tiempo soleado. Los relojes de arena podían medir un espacio temporal pero no pueden substituir al reloj, únicamente dividir el tiempo en medidas contables, como por ejemplo las oraciones que servían también para medir un tiempo corto, así por ejemplo existen expresiones que lo cuantifican como el tiempo de un *Miserere* o el tiempo de un *Pater*.

Instrumentos, todos ellos, poco precisos y sometidos a cualquier incidente técnico imprevisto, unas nubes, unos granos de arena demasiado gruesos, la malicia de los hombres que alargan o acortan las velas o que aceleran o retrasan las oraciones.

Existían también sistemas variables para contabilizar el tiempo. El año empieza según los países en fechas diferentes, la tradición religiosa utilizaba como punto de referencia la Natividad, la Pasión, la Resurrección de Cristo. Es por ello que diferentes estilos cronológicos coexisten en el Occidente medieval y el más extendido hacía empezar el año en Pascua. Aunque más adelante triunfará el estilo cronológico que hacía empezar el año el 1º de enero, puesto que la fiesta de Pascua era una fiesta móvil. Los astrólogos, por ejemplo, iniciaban el año el día 1 de marzo a mediodía.

Philippe Contamine en *La vie quotidienne pendant la guerre de cent ans. France et Angleterre* señala:

Comme tout l'Occident chrétien, la France et l'Angleterre comptaient les années par rapport à la naissance du Christ, telle que l'avait fixé, au VI^e siècle, le moine Denis le Petit. Mais le début de la nouvelle année et donc le changement de millésime intervenaient à des dates variables. Dans les îles Britanniques, c'était le 25 mars (style de l'Annonciation), en sorte qu'un document daté du 20 mars 1349 correspond dans notre chronologie, au 20 mars 1350. En France, le style de Pâques, employé par la chancellerie royale, l'emportait largement, avec cet

inconveniente que Pâques, étant une fête mobile, peut se placer, selon les années, entre le 22 mars et le 25 avril.

Il n'est pas rare, surtout en Angleterre, de voir intervenir un second point de repère: l'avènement des rois. Des statuts officiels, des comptes, des chartes privées portent par exemple la mention «33 Edward III), par quoi il faut comprendre qu'ils datent de la 33^e année du règne d'Edouard III.

On n'avait pas non plus oublié la tradition romaine de faire commencer l'année au premier janvier. Cette date, au XIV^e siècle, était marquée par l'échange de vœux, de cadeaux. Bien des comptes royaux ou seigneuriaux vont du 1^{er} janvier au 31 décembre (Contamine, 29).

Quando se desea precisar un determinado día del mes, la alta Edad Media abandona el viejo sistema utilizado por los romanos de nonas, idos o calendas, y o bien numera el día del mes, o bien recurre a fiestas litúrgicas importantes. Ya tuvimos ocasión de señalar la importancia que tenía el uso de las fiestas religiosas por Froissart en nuestra intervención en el II Coloquio Internacional de Filología Francesa celebrado en Sevilla.

Las horas tampoco eran iguales, eran las viejas horas romanas más o menos cristianizadas: *matines* (hacia medianoche), después de tres en tres, aproximadamente, de nuestras horas actuales: *laudes* (las 3 de la madrugada), *prima* (las 6 de la mañana), *tercia* (las 9), *sexta*, (mediodía) *nona* (las 3 de la tarde), *visperas* (las 6 de la tarde). Sabemos que las horas eran desiguales según la época del año, de manera que en diciembre una hora diurna podía durar unos 30 minutos actuales, mientras que en junio podía tener unos 90 minutos. Desigualdad que está justificada porque el período que iba desde la salida del sol hasta el ocaso debía dividirse en 12 horas y lo mismo sucedía con las de la noche.

De hecho el paso de las horas desiguales (*horae inequales*) a las horas iguales (*horae equales*) está en estrecha relación con la aparición de los primeros relojes mecánicos a finales del siglo XIII. Parece ser que el primer reloj mecánico se sitúa en Westminster en 1288. En 1370, en París. Cuando el uso del reloj se generaliza, el tiempo que duraba una hora será menos subjetivo y más racional. El ritmo de las diferentes actividades se hace mucho más preciso.

En la vida cotidiana el hombre busca puntos de referencia cronológicos en el universo que le rodea, y uno de los más importantes son las campanas de los monasterios; las comunidades religiosas influyeron sobremanera en la conciencia temporal de los ciudadanos. Eran muchos los clérigos que veían en las divisiones del día o del año influencias católicas: «La división de l'année en quatre saisons était connue, de même que l'existence des douze mois. Des clercs voyaient dans celles-là le symbole des Quatre Evangélistes et dans ceux-ci celui des douze apôtres», afirma el mismo Contamine.

El tiempo irrumpe en la vida cotidiana de la gente, el ciclo de las estaciones no sólo regirá las cosechas, también regirá las guerras. Durante los siglos XIV y XV la guerra es un elemento constante; también lo era en siglos anteriores, sin embargo, ahora luchar es más caro que antes, los métodos defensivos han evolucionado. Lógicamente si la guerra sale tan cara, se hace necesario llevar un control riguroso del tiempo y aprovechar las estaciones cálidas para ir a la guerra.

Los cambios en la vida económica y administrativa también conllevan un conocimiento de las fiestas y ferias locales, regionales e incluso internacionales. Este conocimiento y dominio del tiempo llega también a la literatura y si bien es cierto que los primeros en ponerlo en práctica fueron los cronistas, también los novelistas a finales del siglo XIII empiezan a considerar la cronología de los acontecimientos en sus narraciones con una cierta rigurosidad.

Si tenemos en cuenta además, la pobreza de los recursos gramaticales que el francés antiguo hereda directamente del latín para expresar la temporalidad (desde el punto de vista de las proposiciones subordinadas temporales, tan sólo las conjunciones *quant* y *comme*) y la comparamos con la enorme producción que surge durante la Edad Media, nos damos cuenta de lo importante que llegó a ser la precisión cronológica de los hechos narrados.

Durante este período, el tiempo cotidiano existe junto a las reflexiones filosóficas sobre el mismo; son muchos los filósofos, poetas, astrónomos y eruditos de la Edad Media que lo hacen. El tiempo medieval era sobre todo un tiempo rural y el hombre de la Edad Media nunca fue su prisionero como lo es el hombre moderno.

BIBLIOGRAFÍA

- BRUNOT et BRUNEAU (1949): *Précis de grammaire historique de la langue française*, Paris.
IMBS, P. (1968): *L'emploi des temps verbaux en français moderne*.
WEBER, H. (1974): *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*, Madrid, editorial Gredos.
WALTER, PH. (1989): *La mémoire du temps*, Paris - Genève, Champion - Slatkine.
CONTAMINE, PH.: *La vie quotidienne pendant la guerre des cent ans France et Angleterre*.

